



CAPITULO II

En que aparece el encanto de los salones parisienses



CTUBRE 3. El cincuenta y siete había conocido en París á Pepe Hidalgo. Entonces me había referido su vida, que tuve ocasión de poner al día con las nuevas noticias que me dió.

«Hijo de un guerrero y de una santa, decía Pepe con voz campanuda, cuando quería relatar sus proezas, no seguí la carrera de las armas, si bien las empuñé muy joven para pelear al lado de los que murieron en defensa de la patria, y á ellas debí el entrar en la carrera diplomática, que era mi vocación. Ni tampoco he tenido la suma de virtud que me habría llevado á las regiones serenas de la filosofía cristiana en medio del turbión en que desde entonces he vivido.»

Al guerrero todavía existen gentes que le hayan visto: se llamaba Paquito Hidalgo, y según su hijo, pertenecía á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA-UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la familia de don Francisco Javier Venegas de Saavedra, Rodríguez de Arenzana, Güemes, Mora, Pacheco, Daza y Maldonado, caballero de la orden de Calatrava, teniente general de los reales ejércitos, virrey, gobernador y capitán general de la Nueva España, presidente de su Real Audiencia, Superintendente general, subdelegado de la Real Hacienda, Minas, Azogue y Ramo del Tabaco, juez conservador de éste, Presidente de su Real Junta y subdelegado general de correos en el mismo Reino...

Y razón tenía Pepe en decir que su respetable señor padre era de la familia de aquel prócer de tantas campanillas, pues si bien ambos no tenían ascendientes, descendientes, habientes ni parientes comunes, sí se numeraba Paquito en la lista de los criados de S. E., que, como es sabido y conforme á los más autorizados diccionarios, constituyen la familia, puesto que viven en la casa y bajo el mando del señor de ella.

Luego que extrajeron á Paquito de la sentina del buque en que vino mezclado con almofrejes, petacas, petaquillas y cajones, empezó á ejercer el oficio de derramar sangre humana que le había de dar tantísima fama andando el tiempo. ¡Cuántos cañones saltó, cuántos rostros llenó de chirlos, cuántos cabellos quemó con el hierro candente de sus tenazas! Aun hay quien diga que se atrevió alguna vez, con la jeta del que «representaba al rey y obtenía su real potencia», dejándola como habrían que-



... sirvieron para que Paquito soltara el pulso...

ruido dejarla Albino García ó Encarnación Rosas. Esto significa en romance que Paquito Hidalgo era un barbero corriente, moliente, y á todo ruedo, aunque no de los mejores, en los días de su llegada á este país.

Los once años de insurrección sirvieron para que Paquito soltara el pulso, y por su cuchilla fueron desfilando como él lo hacía notar con satisfacción, Calleja, Apodaca, Armijo, Martín de Aguirre, Orrantia y el bizarro Agustín de Iturbide. Ya su navaja era como terciopelo, ya surcaba la cara del paciente como impalpable cefirillo (que habría dicho algún poeta salmantino de la escuela de Iglesias), y cuando entre charla y chisme sobre las ventajas que obtenían las tropas de S. M. y los reveses que sufrían los malditos insurgentes, hacía el barbero brotar montes de espuma y raudales de agua, el Oidor, Regidor decano, Brigadier ó comerciante del Parián, que se habían puesto en el potro, decían al tocarse el sitio donde había estado la apretada floresta de barbas: «¡Cordones, Paco; me dejas como si nunca las hubiese tenido!»

Nadie sabía colocar con más habilidad la nuez dentro de la boca del viejo desdentado; nadie sabía levantar con más destreza el ámpula de los vejigatorios; nadie ponía con más tino las sanguijuelas en el sitio dolorido, y nadie, en fin, rasuraba difuntos con más delicadeza, primor y gracia. Si á estas dotes se añaden la de puntear la guitarra con un arte que habría envidiado el príncipe de

la Paz; la de cantar seguidillas, tiranas, polos, boleras, soleares y malagueñas con garbo gaditano puro, y la de bailar la jota, el vito, la zarabanda, el jaleo de Jerez y aun el prohibido jarabe gatuno, con un dejo y un aquel admirables, se comprenderá por qué era Paco el de Cádiz una de las más prominentes figuras de la ciudad por los años del quince al veinte de este siglo pecador.

Mas la base de la fortuna de Paquito fué la habilidad con que en cierta ocasión muy sonada levantó un hermoso edificio capilar en la testa de la señora marquesa de San Juan de Rayas. La marquesa llevaba amistad íntima, algo más íntima de lo que consiente el buen parecer, con el excelentísimo señor conde de Calderón, y este magnate, accediendo á los deseos de la dama, dió á Paquito una plaza de subteniente en el regimiento de Tres Villas.

El cantaor era avisado como pocos, y sin salir de las antecámaras de S. E., logró le hiciera capitán el señor conde del Venadito, que se parecía por las gentes listas y habilidosas.

El veintiuno, acompañando al señor don Agustín de Iturbide, hizo su primera expedición militar, y cuando quedó acordado el plan de Iguala, el generalísimo encomendó á Paco el cuidado de notificar á la oficialidad todo lo dispuesto. Con lo cual el jefe del ejército trigarante dió una nueva muestra de su talento, pues nadie había más conocido que el rapabarbas que había engalanado á todos

los tonistas de la época y saltado los cañones de todo el cuerpo de artilleros.

Luego que pasó el glorioso 27 de Septiembre, Paco se halló de la noche á la mañana convertido en un general de los de punta, y ya dueño de banda y charreteras se atrevió á poner los ojos nada menos que en la riquísima Merceditas Esnaurrizar, una de las herederas que causaban más desvelos á los oficialitos que mandaba el señor marqués de Vivanco.

De entonces en adelante nada de ventosas, ni de rizos, ni de tirabuzones. El yelmo de Mambrino quedó relegado en el cuarto más obscuro de la casa; las tijeras se abolieron del inventario de muebles familiares; la media-caña se suprimió como si hubiera cometido delito de lesa majestad. Paco ó Frasquito el de Cádiz se olvidaron y vino á quedar como linda mariposa de la vieja oruga, el señor general don Francisco Hidalgo, hombre respetable, adinerado, de gran bigote, pera poblada, ojos altivos y un *voto va* en la boca apenas le contradecían un poco ó le iban á la mano en lo más mínimo.

Mas el señor general había conservado sus hábitos de garito y taberna, á pesar de los dineros de Merceditas y de su despacho de general, y una noche, tras una disputa promovida por las veleidades de una infame sota, Frasquito hirió á traición á un tal Noriega, que lió el petate después de unos cuantos días de luchar con la muerte.

El escándalo fué grande; Paquito se vió obligado á repasar el charco; en la Habana se detuvo para saludar á sus viejos compañeros de aventuras, y comprometido por el capitán general aceptó la vara de alcalde de Guanajay, donde durmió en el Señor á los pocos años de haber llegado.

Poco antes de esa tragedia había venido al mundo Pepe Hidalgo, como le llaman todos, ó José Manuel de Hidalgo, ó le chévalier d'Hidalgo como él se firma. Nada dice la descuidada historia de los primeros años de Pepe; pero conjeturan los más graves autores que debe de haber tenido *nana*, sufrido del *mocezuelo*, padecido con los colmillos, echado el paso tras grandes vacilaciones, ido á la *miga* y pasado la escarlatina, el sarampión y tal cual fiebre gástrica; mas mi deber de historiadora me obliga á decir que esas son meras suposiciones, que no tienen el apoyo de ningún documento.

Cuando Pepe cumplió veinticinco años se alistó en el batallón de *Bravos*, que se había levantado como otros muchos para resistir la invasión americana. Era Pepe de los que llevaban mozo para que les cargara el fusil, y que iban y volvían al ejercicio en coche simón. Servía como coronel del cuerpo el valiente militar y donoso y discreto poeta don Manuel Eduardo de Gorostiza, por cierto ya muy achacoso y enfermo. El simpático autor de *Contigo pan y cebolla*, era tan accesible al elogio como todos los



hombres de letras, y Pepe, que había heredado un poco de la travesura y de la mano izquierda de su ilustre progenitor, aprovechaba la ocasión más insignificante para recitar, con vocecilla aflautada, ya un parlamento de *Indulgencia para todos*, ya una réplica de *El Jugador*, ya para demostrar que ni Moratín, ni Alarcón, ni Molière valían una higa junto al poeta mexicano. Así, cuando llegó la hora de batirse, don Manuel encomió las dotes militares de su secretario y protegido, poniéndole á algunos codos más arriba del Cid y de Bernardo; por más que hay quien